

ferida, de mi blanquita. ¿Ves su nombre aquí? Vamos al prado á buscarla.

Atravesando el establo, abrieron una gran puerta que daba al prado donde pacían y se solazaban tranquilamente las vacas.

Algunos autonómanos se ocupaban en ordeñarlas.

—He aquí mi Blanca—dijo Mab, corriendo hacia una de ellas, que lanzó alegre mugido al ver á su amita, quien pasando sus brazos alrededor de su cuello, le besó el hocico.—Mira qué limpia es. Somos compañeras y no olvida nunca que siempre le traigo golosinas.

Diciendo esto, Mab sacó del bolsillo un puñado de sal, que el animal saboreó con delicia. Después, tomando un banquillo y un tarro, la niña se dispuso á ordeñar la vaca.

Al cabo de un momento de ejercicio, propuso á Nono que ordeñase á su vez.

Nono ocupó su lugar, pero sus inexpertos dedos, sirviendo mal á su voluntad, no consiguieron extraer una sola gota de leche, con gran disgusto, porque al ver la facilidad con que Mab la hacía caer al tarro, le pareció una operación sencillísima.

No obstante, á fuerza de ensayos y de explicaciones de su amiga, llegó á sacar algunas gotas, lo que causó gran alegría á los dos niños, como si hubieran realizado una maravilla, y Nono, que comenzaba á desanimarse, adquirió nuevos ánimos; pero Mab ocupó nuevamente su sitio y no se movió hasta llenar el tarro.

Nono, á quien no gustaba el papel de espectador, se puso á coger flores de las infinitas que esmaltaban la pradera, y habiendo hecho una gran recolección, tuvo la idea de dar una sorpresa á sus amigas Mab y Delia, que tan complacientes habían sido para él, y al efecto, se instaló á la sombra de un enorme nogal, y con las flores recogidas trenzó hermosas guirnaldas, combinando los colores de la manera que le pareció más armónica.

Terminaba la segunda guirnalda y comenzaba una tercera, cuando al le-

vantar la vista vió á Mab, que le contemplaba.

—¿Qué haces?—le preguntó—¿Para quién son esas hermosas guirnaldas?

—Hay una para tí—respondió Nono arreglándosela sobre sus cabellos.

—¿Para mí esta bella guirnalda?—exclamó Mab en el colmo de su alegría, corriendo á mirarse en un arroyuelo que corría al borde del prado. Después volvió diciendo: —Necesito besarte.—Y aplicó dos fuertes y sonoros besos en las mejillas de Nono.

—Esta—dijo Nono, mostrando la que acababa de terminar,—es para Delia, la otra para Biquette. Y colocándolas en su brazo para que no se estropeasen, fué á buscar el tarro de Mab para llevarlo á la lechería. Luego fueron á buscar á sus dos amiguitas.

Fueron al jardín y en él encontraron á Hans, que, con algunos compañeros, cavaba en un sitio apartado, donde se proponían efectuar algunos experimentos.

Habían leído en un tratado de jardinería, que ingertando árboles de la misma especie, se podrían obtener frutos diferentes sobre el mismo tronco y rosas de distintos colores sobre un mismo rosal, y deseosos de asegurarse del hecho, querían hacer plantaciones de las especies que se proponían ingertar. Nono admiró el ardor con que removían la tierra, cavando, ahuecando y preparando los abonos que se les había indicado como más convenientes para los efectos que se proponían experimentar.

Hans ignoraba donde se encontraban Biquette y Delia.

Nono y Mab fueron más lejos, y encontraron á Biquette en uno de los invernaderos, cuidando de las plantas que allí se cultivaban.

A la vista de la hermosa guirnalda que se le dedicaba, Biquette aplaudió y saltó de alegría. Todas sus compañeras dejaron su trabajo para venir á admirarla también, y Nono se comprometió á enseñarles á fabricarlas.

Interrogada sobre el punto donde se encontraría Delia, Biquette aseguró